

CAPITULO VI.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE HONORIO II (21 de diciembre de 1124-14 de febrero de 1130).

1. Circunstancias extraordinarias de la promoción de Honorio II. — 2. Estado de la cristiandad al advenimiento de Honorio II. — 3. Influencia de san Bernardo en su siglo. — 4. Pedro el Venerable, abad de Cluny. — 5. Sugerio y la abadía de San Dionisio. — 6. Enrique, arzobispo de Sens. *De los deberes de los obispos*, por san Bernardo. — 7. Estéban de Senlis, obispo de Paris. — 8. Concilio de Troyes. — 9. San Othon, obispo de Bamberg, apóstol de la Pomerania. Victorias de los cristianos contra los Moros bajo Alonso VI el Magno, y Alfonso VII. Muerte de Honorio II.

§ II. PONTIFICADO DE INOCENCIO II (17 de febrero de 1130-24 de setiembre de 1143).

10. Cisma del antipapa Pedro de Leon. — 11. Viaje de Inocencio a Francia. — 12. Milagro de los *Ardientes*. — 13. Concilio de Reims. Coronamiento de Luis XII el Joven, hijo de Ludovico el Craso. — 14. Rogerio, duque de Sicilia, y Guillermo, duque de Aquitania, están solos por el antipapa. Salida de Inocencio II. El papa en Claraval. — 15. Inocencio II regresa a Roma. Coronamiento del emperador Lotario. — 16. Segundo viaje de san Bernardo a Italia. Concilio de Pisa. San Bernardo en Milan. — 17. San Bernardo y Guillermo, duque de Aquitania, en Parthenay. — 18. Tercer viaje de san Bernardo a Italia. Conferencia del abad de Claraval y Pedro de Pisa en Salerno. Fin del cisma del antipapa Pedro de Leon. — 19. Décimo concilio ecuménico, segundo general de Letran. El duque Rogerio es reconocido rey de Sicilia. — 20. Pedro de La Chatre, arzobispo de Bourges. Roaldo, conde de Vermandois. Entredicho del reino de Francia. — 21. Incendio de Vitry-le-Brulé. Muerte de Inocencio II. — 22. Condenación y muerte de Abelardo. — 23. Arnaldo de Brescia. — 24. Doctores y santos personajes del pontificado de Inocencio II.

§ III. PONTIFICADO DE CELESTINO II (26 de setiembre de 1143-9 de marzo de 1144).

25. Elección y muerte de Celestino II. Levanta el entredicho lanzado contra el reino de Francia por su antecesor. — 26. Profecías de san Malaquías, obispo de Armagh.

§ IV. PONTIFICADO DE LUCIO II (10 de marzo de 1144-25 de febrero de 1145).

27. Proclamación de la república en Roma por los partidarios de Arnaldo de Brescia. Muerte de Lucio II.

§ V. PONTIFICADO DE EUGENIO III (27 de febrero de 1145-8 de julio de 1153).

28. Elección de Eugenio III. Carta de san Bernardo a los cardenales y al nuevo

papa. — 29. Entrada triunfal de Eugenio III en Roma. El *Libro de la Consideración*, por san Bernardo. — 30. Corte plenaria de Vezelay. San Bernardo predica la cruzada en Francia y Alemania. — 31. Salida de los cruzados. Mal porte de Manuel Comneno, emperador de Oriente. — 32. Mal resultado de la segunda cruzada. — 33. Gilberto de la Perea. Eonio de la Estrella. — 34. Petrobrusianos. Henricianos. Albigenses. Cátaros. Los combaten Pedro el Venerable y san Bernardo. Santos personajes del tiempo de Eugenio III. — 35. Muerte de Eugenio III.

§ VI. PONTIFICADO DE ANASTASIO IV (9 de julio de 1153-2 de diciembre de 1154).

36. Elección y muerte de Anastasio IV. — 37. Muerte de san Bernardo.

§ I. PONTIFICADO DE HONORIO II (21 de diciembre de 1124-14 de febrero de 1130).

1. Tres días después de la muerte de Calixto II, los cardenales y obispos se juntaron en San Juan de Letran y eligieron papa a Tibaldo, cardenal-presbítero de Santa Anastasia, que tomó el nombre de Celestino II. Pero apenas se le había revestido de los ornamentos pontificales, y mientras el clero y pueblo cantaban el *Te Deum*, Leon Frangipani al frente de una tropa de sediciosos invadió la iglesia gritando: « Lamberto, » obispo de Ostia, es nuestro papa! Viva Lamberto, soberano » pontífice, padre de los Romanos! » El tumulto iba en aumento, y para apaciguarlo, Celestino tuvo la modestia de ceder la tiara a su competidor. Los cardenales consintieron y ratificaron la elección de Lamberto, el cual, por lo demás, solo podía tener contra sí el haber sido aclamado su nombre por facciosos, aunque sin la menor participación suya. Lamberto fué puesto en posesión de la Santa Sede, y tomó el nombre de Honorio II. Pero a los siete días, restablecida la calma, juntó a los cardenales y les declaró que no quería una dignidad adquirida poco canónicamente é impuesta por la violencia. Al mismo tiempo se despojó de la tiara y de la capa encarnada, que entregó en sus manos. Y así, en una semana, dos cardenales daban como a porfía ejemplo de admirable desinterés. La asamblea, conmovida de tanta humildad, se postró a los pies de Honorio II, le suplicó guardase un puesto del cual era tan digno, como lo hacia ver, y le prestó juramento de fidelidad.

2. El nuevo pontificado, inaugurado con tanta nobleza y

grandeza de alma, fué una era de prosperidad y de paz para la Iglesia, que descansaba en fin de sus prolongadas borrascas. Honorio II ejerció sin obstáculo su autoridad apostólica en toda la cristiandad. En Inglaterra, Juan de Crema, su legado, presidia el concilio de Westminster, que adoptó todos los decretos del concilio ecuménico de Letran contra las investiduras, la simonía, incontinencia de los clérigos y la pluralidad de beneficios. Se examinó y remitió á la decision definitiva del papa Honorio II la cuestion de preeminencia entre las sillas de Cantorbery y de York: el papa, para cortar la disputa, dió al arzobispo de Cantorbery, Guillermo, los poderes de legado apostólico en Inglaterra y Escocia. A petición de los reyes de Dinamarca, Suecia y Bohemia, fueron enviados á esos reinos delegados apostólicos para la reforma de abusos y restablecimiento de la disciplina. En el Oriente, se fundaron en las provincias conquistadas por los cruzados nuevos obispados, en comunión con la silla de san Pedro, volviendo la Iglesia á tomar posesion de los lugares que fueron su cuna. El emperador Alejo Comneno murió en Constantinopla en 1118, en brazos de la princesa Ana Comnena, su hija é historiógrafa. « Mi » padre exhaló su último aliento, dice sollozando; se puso el » sol de mi corazón, se apagó la luz mia. » Alejo Comneno no ha sido juzgado siempre por la historia tan favorablemente como por su hija: tuvo sin embargo grandes cualidades que compensaron su astucia cautelosa y su conducta equívoca con los cruzados. Ya hemos visto que con motivo del cisma de Mauricio Bourdin, el emperador griego envió sus disputados al papa Pascual II, asegurándole su fidelidad. Su sucesor Juan Comneno mantuvo con la Santa Sede iguales relaciones. Los Griegos tenían sobrada necesidad de los Latinos y eran prudentes: mas por desgracia no perseveraron mucho en tan buena senda. — Solo había dos cuestiones políticas en este momento que podían perturbar la paz del mundo: la sucesion de Enrique V al trono de Alemania, y la de Guillermo, duque de la Apulia é Italia meridional, ambos muertos sin hijos. Lotario II, duque de Sajonia, había sido escogido para suce-

der á Enrique V: los legados del papa habían asistido á la dieta de Maguncia, en donde sesenta mil Alemanes defirieron la corona imperial á este príncipe. Sin embargo Conrado de Franconia, y Federico de Suabia, sobrino de Enrique V por la princesa Inés; su hermana, protestaron contra esta eleccion y tomaron las armas, y Conrado se hizo coronar en Milan por el arzobispo Anselmo. La Alemania iba á ser inundada de nuevo en sangre. El papa mientras los debates, que duraron hasta 1135, se declaró constantemente por Lotario, cuyos derechos eran incontestables, por cuanto la corona de Alemania era entonces electiva, y que la eleccion sola daba la legitimidad. Por fin Conrado se sometió definitivamente; pero Honorio II excomulgó al arzobispo de Milan por haberse ingerido en la consagracion de Conrado. La sucesion del ducado de la Apulia interesaba mas directamente á la Santa Sede, la cual segun los tratados tenia soberanía en todas las provincias conquistadas en Italia por Roberto Guiscardo y los Normandos. A la muerte de Guillermo, último titular, hubiera sido mas próximo heredero el príncipe de Tarento, Bohemundo, como nieto de Roberto Guiscardo; pero era príncipe de Edesa, en Oriente, y no podía venir á tomar posesion de sus Estados de Europa. Rogerio, conde de Sicilia, primo de Guillermo, se presentó pues para recibir la sucesion, que carecía de heredero hábil mas próximo. Segun las leyes feudales de la época, la Apulia podía ser devoluta á la Santa Sede; porque los feudos, á defecto de herederos varones, eran devolutos al soberano. La cuestion era pues *complexa*, y comenzaron las hostilidades. Por fin en 1128 se concluyó una transaccion: el papa Honorio II dió la investidura de la Apulia y de la Calabria á Rogerio, duque de Sicilia, que le prestó pleito homenaje y juramento de fidelidad.

3. Principiaba ya en este tiempo á extenderse la alta reputacion de san Bernardo. Durante veinticinco años se estuvo viendo el sorprendente espectáculo de un hombre que no era del mundo y que gobernaba al mundo; de un solitario en relacion con papas y emperadores, con reyes y reinas, príncipes y

obispos, monjes y soldados, sabios é ignorantes, habitantes de ciudades y anacoretas del desierto, con el Oriente y el Occidente; dominando todo el universo con el atractivo de su palabra, con el ascendiente de su carácter é ingenio, con la grandeza y brillo de sus milagros, con el ejemplo de sus virtudes aun mas extraordinarias. Naturaleza escogida, verdadero pescador de hombres, de quien las madres alejaban sus hijos, las esposas sus maridos para sustraerlos á irresistibles persuasiones; prodigio de elocuencia que hablaba á todos el austero lenguaje de la verdad y se hacia, con todo, amar con entusiasmo; el mas suave de los hombres, el que doblegaba con su mansedumbre los caracteres mas indómitos, apaciguaba las guerras civiles y contiendas religiosas; milagro vivo del poder de la religion y de los santos atractivos de la gracia. Hay dos hombres en san Bernardo: el hombre de accion que dominó á su siglo, y el hombre de luces que lo ilustró. Como orador, como escritor, ocupa el lugar preferente de su época; como hombre de accion ejerció en todos los órdenes de la sociedad tal influencia, que desde el fondo de su soledad de Claraval era realmente el alma del mundo. Y esta celebridad que le perseguia hasta en el desierto, le importunaba frecuentemente. Escribia al antiguo obispo de Belley: « Soy, en cierto modo, la quimera de mi siglo: llevo una vida que ni es de monje ni de secular. He abandonado; desde mucho há, la vida de solitario, aunque llevando el mismo hábito. No quiero deciros lo que tantos os habrán dicho, ni lo que hago, ni lo que escribo, ni lo que estudio; ni los grandes peligros en que me veo en medio del mundo, ó mas bien en qué abismo de negocios estoy metido. Os suplico solamente que me ayudeis con vuestros consejos y oraciones. » En medio de vida tan activa, san Bernardo hallaba tiempo de escribir numerosas obras que en nada se resienten de la precipitacion con que forzosamente tenia que componerlas; por manera que hay de que espantarse á la vez, que físicamente haya podido resistir á tantas fatigas, y que su entendimiento haya podido bastar á ocupaciones tan varias. Su estilo es vivo y florido; sus pensa-

mientos ingeniosos, su imaginacion brillante y fecunda en alegorías: la sagrada Escritura le era tan familiar, que casi la sabia toda de memoria, y á cada frase reproducia muy naturalmente sus ideas y expresiones.

4. En tanto que esta lumbrera del órden del Cister iluminaba al mundo, la congregacion de Cluny tenia á su cabeza un santo abad, Pedro Mauricio, á quien han dado el título de Venerable sus virtudes y sabiduría. Era de la familia de Montboissier, una de las mas antiguas é ilustres de la Auvernia. Apenas tenia treinta años, cuando los religiosos le eligieron superior general. Enriquecida por la libertad de los reyes de Francia, esta órden se habia relajado algun tanto, pues que la regla de san Benito habia recibido algunas modificaciones. La atención pública se habia fijado sobre el Cister por su austeridad y regularidad: el mundo se dividió en dos campós; los unos estaban por los monjes Cistercienses, los otros por los Cluniacenes. San Bernardo y Pedro el Venerable escribieron cada cual de su lado la apología de sus institutos. La disciplina ganó en esta contienda, cuyo principio fué solo una santa emulacion, y Pedro el Venerable se aprovechó para traer al órden de Cluny á la piadosa austeridad de su fundacion. A pesar de esta polémica, estas dos grandes almas estaban enlazadas con la mas estrecha amistad. « Si fuera permitido, escribia Pedro el Venerable á san Bernardo, y si la Providencia no se opusiera á ello, si el hombre pudiera escogerse el camino por donde ha de marchar, mas estimara estar bajo vuestra direccion que dominar ó reinar en parte alguna sobre mortales. Y en efecto, ¿ podrian valer todas las coronas del mundo la dicha de vuestra compañía que tan apasionadamente buscan los hombres y hasta los ángeles mismos envidian? Estos espíritus celestiales os miran ya como su conciudadano, aun cuando no goceis todavía de la venturosa mansion que esperais. Por lo que á mí toca, me tuviera como asegurado de vivir en ella eternamente con vos, si con vos tuviera la dicha de vivir aquí bajo hasta mi último aliento. » San Bernardo, por su lado, remitía á Pedro el Venerable una carta de recomenda-

cion al soberano pontífice, en que se expresaba así: « Fuera » extravagancia recomendaros el abad de Cluny y querer ser- » vir de patrono á aquel cuyo patronato busca todo el mundo. » Pero si mi carta es superflua, yo satisfago mi propio corazon. » Gracias á ella, yo viajo en espíritu con un amigo á quien no » puedo seguir con el cuerpo. ¿ Habrá nada capaz de separar- » nos? La altura de los Alpes, la nieve que cubre sus cimas, » lo largo del camino, nada, nada me desprenderá de él. Yo » le estoy presente, yo le acompaño por do quiera, en parte » ninguna podrá estar sin mí. Yo suplico pues á Vuestra San- » tidad que honre, en este grande hombre, á un ilustre miem- » bro del cuerpo de Cristo, á un vaso de honor y eleccion, » lleno de gracia y de verdad, colmado de méritos y buenas » obras. Derrame Vuestra Santidad sobre él sus beneficios con » profusion para que lleguen hasta nosotros; porque, debo » decirlo á Vuestra Santidad, él se complace en asistir á los » pobres de nuestra congregacion, provee á sus necesidades en » cuanto se lo permiten los bienes de su abadía. Otorgadle » pues cuantas peticiones os hiciere, en nombre de Cristo, á » no ser que solicite de vos el permiso de abdicar el gobierno » de su órden, lo que pudiera sugerirle su humildad. » ¡ Noble y sentimental lenguaje de una amistad que tenia por principio la virtud, y por comun esperanza el cielo!

5. Las conquistas mas brillantes de san Bernardo, en su propagacion de reforma moral, fueron el ilustre Sugerio, abad de San Dionisio y ministro de Ludovico el Craso; Enrique, arzobispo de Sens, y Estéban de Senlis, obispo de París. Sugerio, ministro glorioso que fué consejero y guia de dos reyes, cuya sabiduría mejoró la justicia, leyes, relaciones exteriores y estado social de la Francia, y que fué proclamado por Luis VII el *Padre de la patria*, se habia dejado en un principio seducir por las vanidades del siglo y fausto de las cortes. Leyendo las obras de san Bernardo fué tocado de la divina gracia, y le abrió su corazon. Señaló su conversion con la reforma de su propia conducta, y luego por la del monasterio suyo. San Bernardo le escribió felicitándole de cambio tan

dichoso. « La consoladora noticia de vuestra conversion se publica por todas partes; y los siervos de Dios se regocijan » del triunfo de la gracia. Aun los que no os conocen, no saben » lo que erais antes y lo que sois ahora sin bendecir el poder de » Dios. Un cambio tan repentino y raro solo puede ser obra » del Todopoderoso. Si hay en el cielo gran júbilo por la con- » version de un solo pecador, ¿ cuánto mas no habrá por la de » toda una comunidad, y una comunidad como la vuestra? » Esta antigua casa de San Dionisio, tan célebre por el favor » de los reyes, habia decaido de su primitivo fervor. Se daba » allí al César lo que era del César, pero no se daba á Dios lo » que es de Dios. Mas ahora los religiosos, llamados á mayor » santidad, dan ejemplo de todas las virtudes monásticas. En » este santo retiro es el primer cuidado conservar el alma en » paz y angélica inocencia, hacer florecer la disciplina y ali- » mentar el corazon con santas lecturas. Elevan el pensa- » miento hácia los objetos celestiales un silencio continuo, un » profundo recogimiento. El canto dulce de los salmos é him- » nos hace descansar de los rigores de la abstinencia y de los » laboriosos ejercicios de la vida ascética »

6. Enrique, arzobispo de Sens, habia imitado á Sugerio en su vida mundana, y le imitó en la penitencia. Escribió á san Bernardo para pedirle una instruccion sobre los deberes del obispado, y el santo abad le respondió: « Al saber lo que se » reprendia en vuestra administracion, estaba mas tentado » de teneros lástima que de reprenderos. ¡ Ah! me decia yo » mismo, si la vida de los otros es tentacion continua, ¿ á cuán- » tos peligros no está expuesta la vida de un obispo, encar- » gado de la solicitud de todo un rebaño? Yo estoy escondido » en una gruta, yo soy una lámpara que humea mas bien que » no luce, y sin embargo no me veo al abrigo de la impetu- » sidad de los vientos: yo me veo azotado por la tempestad, » y movido como caña flaca al soplo de la tentacion. ¿ Qué » será del que está levantado sobre la montaña, colocado en » el candelero? Lo que me tranquiliza es que Dios os ha hecho » encontrar entre vuestros sufragáneos dos consejeros y ami-

» gos santos y prudentes ⁽¹⁾. Siguiendo sus consejos no seréis
 » ni precipitado ni violento; no seréis demasiado severo en per-
 » donar ni sobrado fácil en tolerar; no seréis suntuoso en
 » vuestra mesa, ligero en prometer y lento en ejecutar, pródigo
 » en vuestros beneficios. No reinará ya en vuestra diócesis la
 » simonía y avaricia, lepras de nuestros días. En una palabra,
 » honraréis vuestro ministerio, y digo *vuestro ministerio*, para
 » mostraros que sois obispo para servir, no para dominar.
 » Guardaos bien de poner vuestra honra en la pompa de las
 » vestiduras ni en la magnificencia de vuestros palacios y ser-
 » vicio... Por mas que yo calle, por mas que disimule la
 » corte, la miseria de los pobres y el hambre que les ator-
 » menta les fuerza á exclamar: *Decidnos, obispos, ¿qué hace*
 » *el oro, no en el templo, sino en el enjaezamiento de vuestros*
 » *caballos?* ⁽²⁾ Acaso esos frenos dorados nos dan pan y ves-
 » tido? ¿Así es como empleais nuestro patrimonio? Vuestros
 » lujos son tesoros que nos robais para satisfacer vuestra vani-
 » dad.» Muchos malintencionados han hallado en estas expresiones de san Bernardo motivo para querer igualdad y comunidad en el mundo; es evidente que el santo abad condena el abuso no el uso de los bienes en los prelados. Si en circunstancias extraordinarias es verdad que los obispos serian simples misioneros y llevarian *la cruz de madera que salvó al mundo*, no es menos cierto que conviene al bien mismo de los fieles el que los prelados se vean revestidos de ciertos emblemas que representen su elevada mision y su alta dignidad.

7. Las repreensiones de san Bernardo tocaban mas particularmente á Estéban de Senlis, obispo de París, que se habia dejado fascinar por el fausto de la corte. El rey Ludovico el Craso le queria mucho y le colmaba de favores para tenerle siempre cerca de su persona. Sin embargo, Estéban quedó ya muy conmovido del discurso de san Bernardo, y cuando supo la conversion de Sugerio y del arzobispo de Sens, se decidió

(1) Los obispos de Chartres y de Meaux.

(2) Perseo, *Sat.* 1.

resueltamente á dejar la corte para no ocuparse exclusivamente sino en el pasto de su rebaño. El rey, que era bueno, pero de genio pronto, sintió mucho este retiro, y cambió en odio el afecto que antes profesaba á Estéban. Algunos clérigos, descontentos del restablecimiento de la disciplina, agriaron aun mas el ánimo de Ludovico el Craso. Por orden de este príncipe Estéban fué despojado de sus bienes, y aun se atentó á su vida. El obispo, en castigo de este desacato, lanzó entredicho en su diócesis, y se retiró á Sens, bajo el amparo de su metropolitano. Los dos prelados fueron juntos al Cister, donde á la sazón estaba reunido el gran capítulo de los abades de la orden. Expusieron sus agravios contra Ludovico el Craso, y san Bernardo redactó un memorial en que se suplicaba al príncipe pusiese término á estas escenas aflictivas y volviese á admitir en su gracia al obispo de París. « Vos mismo nos habeis pedido,
 » señor, nuestras oraciones; no os opongais á su eficacia per-
 » siguiendo á los ministros de Dios. » El rey se mostró inflexible. San Bernardo viajó de intento á París, esperando alcanzar de viva voz lo que no habia conseguido por escrito; mas todo fué en vano. La muerte de su hijo primogénito, el príncipe Félipe, que murió de una caída de caballo, produjo en él mayor efecto, y viendo en este castigo un aviso del cielo, se apresuró á llamar á Estéban.

8. Por este mismo tiempo, año 1128, presidia el cardenal Matthieu, legado del papa en Francia, un concilio en Troyes. Escribió á san Bernardo dándole priesa para que viniera al concilio. « Me escribís, respondió el abad de Claraval, que
 » reclaman mi presencia en Troyes asuntos importantes. Estos
 » asuntos no pueden ser de mi inspeccion. Y en efecto, ó son
 » fáciles, ó difíciles. Si fáciles, pueden terminarse sin mí; y si
 » difíciles, yo no soy capaz de terminarlos, á menos que se crea
 » que yo puedo hacer imposibles. ¿Cómo os engañais hasta tal
 » punto respecto de mí? ¿Porqué habeis puesto bajo un celamin
 » una luz que debiera lucir en el candelero? ¿Porqué, en estos
 » tiempos de disturbios y desórdenes, habeis ocultado en vues-
 » tra tienda un hombre necesario en el mundo, y sin el cual

» no pueden pasarse los obispos? » A pesar de las excusas de su humildad, san Bernardo recibió orden formal de hallarse en el concilio de Troyes. Esta venerable asamblea arregló, bajo la inspiración del santo abad, las disensiones que existían en la Iglesia de Francia, y decretó para reforma de los clérigos gran número de reglamentos sabios y enérgicos. El concilio encargó al santo abad de Claraval la formación de la constitución del orden de los Templarios, con cuyo objeto fué á Troyes Hugo de Payns, su fundador. La regla que con aprobación de los Padres les entregó san Bernardo se dividía en setenta y dos artículos. Se introdujeron algunas modificaciones cuando la orden se hubo multiplicado. Hé aquí los puntos que parecen los principales de la regla primitiva. « En tiempo ordinario, los caballeros oirán todo el oficio divino, del día y de la noche. Cuando se lo impida el servicio militar, rezarán trece *Pater noster* por maitines, siete por cada hora menor, y nueve por vísperas. Comerán de carne tres días por semana, domingo, martes y jueves. Comerán pescado los otros cuatro días, y en viernes ni huevos ni lacticios. A la muerte de cada hermano, se dará por espacio de cuarenta días la porción del difunto á un pobre. Cada caballero podrá llevar tres caballos y un escudero. No cazarán aves ni animales. En el día de su recibimiento prestarán juramento en estos términos: Juro defender con palabras y armas, y mantener aun á costa de mi vida, todos y cada uno de los dogmas de la santa fe católica. Prometo obediencia al gran maestro de la orden y sumisión á los estatutos de nuestro bienaventurado padre Bernardo. Iré á combatir mas allá de los mares cuando fuere yo requerido. No huiré jamás á la faz de tres infieles. Yo observaré continencia perfecta. Así me ayude Dios y estos santos Evangelios. » Si los Templarios hubieran cumplido exactamente con su juramento, la historia no se hubiera visto precisada á referir su sangrienta catástrofe.

9. En tanto que las comarcas occidentales de la Europa se sometían á la influencia de san Bernardo, san Othon, obispo de Bamberg, evangelizaba las regiones septentrionales de la Ale-

mania y convertía á la fe los pueblos de la Pomerania. Ya habia anunciado en esta comarca el Evangelio en tiempo de Boleslao, duque de Polonia, y de Calixto II; pero sobrado propensos á su culto idolátrico, recayeron en él, y el mismo santo obispo volvió de orden de Honorio II á consolidarlos en la fe cristiana. Los milagros con que ilustró su paso el santo misionero, despertó la fe casi apagada en aquellas poblaciones, y aun la anunció en otras comarcas. Estableció un obispado en la ciudad de Vollin, fundó iglesias florecientes en Piritz, Stettin y Camin: bautizó al duque Vratislao, y murió en fin en 1130 con el título de apóstol de la Pomerania. ¡Haga el Señor que esas comarcas, separadas hoy de la Iglesia por la herejía, vuelvan á la unidad católica de sus padres, y á la cual deben su civilización! En España, Alfonso VI, llamado el Grande, rey de Castilla, habia prolongado sus conquistas con su reinado, que duró hasta 1109. Su yerno, Alfonso II el Batallador, rey de Aragon y Navarra, ganó muchas batallas contra los Al-Moravides, nueva dinastía sarracena venida de Marruecos, mas perdió la última de Fraga y murió de tristeza en 1134. Los cruzados franceses y los caballeros de las nuevas órdenes militares contribuyeron mucho al buen éxito de los cristianos en los dos reinados dichos y en los de los posteriores. Alfonso VII, rey de Castilla, aprovechándose de las discordias de los Sarracenos, prosiguió sus conquistas, que no fueron suspendidas sino con su muerte, acaecida en 1154, y por el advenimiento de los Al-Mohades, que reinaron sobre las ruinas de los Al-Moravides. — El pontificado de Honorio II terminó pacíficamente en medio de acontecimientos dichosos para la Iglesia. Este papa murió el 14 de febrero de 1130, despues de cinco años de pontificado.

§ II. PONTIFICADO DE INOCENCIO II (17 de febrero de 1130-24 de setiembre de 1143).

10. A la muerte de Honorio II, los cardenales le dieron por sucesor á Gregorio, cardenal diácono del título de San Ángelo. Mucho se resistió el nuevo papa: y con voz entrecortada de sollozos decia: « Que era indigno de tan alto puesto, de tan